

# Crónica del viaje a Salamanca

*Santiago de Ossorno*

Me ha quedado una crónica que no solo cuenta lo que pasó, también retrata el espíritu del grupo, ese equilibrio tan nuestro entre tradición, humor, afecto y ganas de seguir compartiendo camino.

Tres días pueden parecer pocos, pero cuando se comparten con buena compañía y en un lugar tan especial como Salamanca, se convierten en un pequeño capítulo más de nuestra historia común.

## Lunes

Fueron solo tres días, pero tuvieron el sabor de esas escapadas que se recuerdan durante mucho tiempo. Algunos partimos de Madrid en un autobús fletado por la Asociación, un grupo entrañable de compañeros cuya edad media ya no se considera joven, pero cuyo ánimo encendido sigue siendo el de siempre: conversación animada, bromas de pasillo y esa mezcla de nostalgia y entusiasmo que suele darse entre nosotros.

En Salamanca, luminosa y acogedora como siempre, nos alojamos en un hotel céntrico y cómodo, perfecto para dejar las maletas y empezar a respirar el ambiente de la ciudad. Tras un breve descanso, la tarde-noche estuvo dedicada a recoger las acreditaciones, dar la bienvenida oficial a los nuevos socios, que recibieron sus carnés entre aplausos, y asistir al acto de entrega de premios a los ganadores de los concursos de relatos y fotografías, un momento especialmente emotivo para quienes mantienen viva la creatividad y a través de ella el vínculo con la Asociación.

Uno de los instantes más celebrados fue la entrega al secretario del pin de oro, nuestra máxima distinción, en merecido reconocimiento a su dedicación constante y discreta. Hubo sonrisas, agradecimientos y alguna emoción contenida.

La tarde concluyó con una cena agradable, llamada del Encuentro, y distendida, de esas en las que comensales y conversaciones se cruzan entre las mesas y el tiempo pasa sin prisa. Después, cada uno se retiró a descansar, satisfecho de un día tan bien aprovechado.

## Martes

El segundo día comenzó con un desayuno equilibrado por la abundante oferta nutritiva del hotel, que nos dio fuerzas para iniciar una jornada intensa. Desde allí emprendimos veloz paseo, apenas veinte minutos por calles peatonales, hasta la zona monumental, tratando de no perder la estela de las dos guías turísticas, casi gacelas, que hicieron la visita tan instructiva como amena.

La primera gran parada fue en la Plaza Mayor, siempre imponente, donde más de uno aprovechó para posar y todos para aprender su historia y descubrir a los personajes representados en los 88 medallones que la flanquean. Desde allí continuamos hacia la Casa de las Conchas, cuya fachada sigue fascinando por más veces que se contemple, parando bajo la Clerecía que admiramos por fuera antes de llegar a la plaza de Fray Luis de León, cargada de historia y serenidad.

Por supuesto, no faltó el clásico desafío de localizar la rana en la calavera de la Universidad Pública, que siempre despierta entusiasmo incluso entre quienes ya la conocen.

Una vez en el patio de las Escuelas Menores de la Universidad entramos a ver el Cielo de Salamanca a ras de suelo. A la salida visitamos la Universidad Pública, otro edificio histórico imponente por la sabiduría, conocimiento y arte que destilan su muros tras más de ochocientos años de docencia.

Tras varias paradas intermedias para conocer mejor el entorno, nos situamos frente a la fachada de la Catedral Nueva o de la Asunción de la Virgen, donde nos hicimos la tradicional foto de grupo de cada año, un recuerdo imprescindible del viaje que no podía faltar.

Uno de los momentos más entretenidos fue la búsqueda del astronauta y del mono comiéndose un cucurucho de helado de sabor pétreo en la ornamentación de la entrada. Entre risas, dedos señalando y comentarios ingeniosos, todos acabamos encontrándolos.

Después tuvimos una hora de libre disposición para tomar el aperitivo, pasear y comprar algún recuerdo en la Rúa Mayor. Durante todo el día, yo seguí con mi misión personal: sacar fotos a todos y a todo, dejando constancia de cada momento e intentando no molestar demasiado, pero alguien tenía que dejar constancia del viaje tras el fallecimiento de nuestro añorado fotógrafo habitual, Serafín (qepd), y me propuse seguir su ejemplo.

La comida de Hermandad nos esperaba en el restaurante El Bardo, en la calle Tentenecio, donde compartimos un menú sabroso en un ambiente distendido, nos acompañaron dos representantes del Patronato que pudieron comprobar y compartir en vivo y en directo la camaradería que reina en el grupo.

Curioso nombre el de la calle Tentenecio que se debe a una historia popular a medio camino entre milagro documentado y suceso popular transmitido oralmente, que incluyo en la crónica para quien no la conozca:

*«Según cuenta la tradición, que sitúa los hechos en un bullicioso día de mercado del siglo XV, un toro bravo de gran tamaño y fiereza se escapó de un corral cercano, sembrando el pánico más absoluto por las calles de Salamanca. En su furiosa e incontrolable carrera, el animal enfiló la antigua calle que bajaba de la plaza de los Leones, un lugar de gran tránsito donde la tragedia parecía inminente. Los ciudadanos corrían despavoridos buscando refugio en portales y soportales, los gritos de terror llenaban el aire y los puestos del mercado eran arrollados por la bestia. Nadie parecía capaz de detener la embestida ciega del animal, que amenazaba con causar una verdadera masacre en su camino hacia las zonas más concurridas del corazón de la ciudad.*

*En ese preciso instante de caos y desesperación, apareció la figura serena de Fray Juan de Sahagún. Lejos de huir como el resto, el entonces fraile agustino se plantó con una calma asombrosa en mitad de la calle, justo en la trayectoria directa del toro. Con un gesto solemne, alzó su mano y, con una voz firme y poderosa que se impuso sobre el tumulto, se dirigió directamente al animal con una frase que pasaría a la historia: “¡Tente, necio!”. Ante el asombro mudo de todos los presentes, que contenían la respiración esperando el fatal desenlace, el toro, que galopaba a toda velocidad, se detuvo en seco, amansado por completo.*

*El animal, cuya furia había aterrorizado a todos, quedó inmóvil y dócil a los pies del santo, poniendo fin al peligro de una forma que solo podía calificarse de milagrosa».*

Según nos contaba divertida la guía, al escuchar la orden «el toro... se tentó», humor que no falte.

Al terminar la comida, regresamos caminando hasta el hotel para celebrar la obligada Asamblea anual que nuestro secretario abrevió todo lo posible. Como corresponde, resultó algo tediosa y nos dejaba sin echar la siesta, pero es necesario para mantener la vida de la Asociación en orden.

Al acabar la Asamblea todavía sobró algo de tarde libre para seguir paseando por Salamanca, hacer más compras, tomar un tentempié o simplemente disfrutar del acogedor ambiente al anochecer.

Ya de noche, al llegar al hotel, aún tuvimos energía para tomar un café en compañía de otros asociados, comentando la jornada y riéndonos de las anécdotas del día.

Después, agotados, nos retiramos a descansar. Los relojes marcaban miles de pasos, prueba de que el día había sido tan completo como inolvidable.

## Miércoles

El tercer día comenzó con un paseo temprano y apresurado hacia la iglesia de San Martín, donde celebramos una Misa en honor de nuestros familiares y compañeros que nos dejaron. Fue un momento emotivo, íntimo, que reforzó el espíritu de unión del grupo. Al terminar, entonamos «La muerte no es el final», creando un instante solemne que muchos guardaremos en el recuerdo.

A la salida, como es habitual, hubo fotos: en la puerta, en pequeños grupos, con sonrisas y algún abrazo emocionado. Desde allí nos dirigimos al Patio de la Salina, un rincón «fino y elegante» que sorprende por los amores no tan secretos del arzobispo Fonseca. Después caminamos hasta la cercana plaza con estatua de Colón y la calle Pan y Carbón, donde las guías comentaron un antiguo y célebre chascarrillo estudiantil dirigido a un profesor hueso:

*¿Dónde apunta el dedo de Colón, el genovés?*

*A la calle Pan y Carbón, donde vive el cabrón de don Andrés*

Ante semejante ocurrencia, las risas fueron inevitables; Salamanca conserva estas joyas de humor universitario que pasan de generación en generación.

La siguiente visita fue al convento de San Esteban, de los dominicos, un entorno monumental que deja sin habla. Sus claustros, su historia y la majestuosidad del conjunto hicieron que la visita se convirtiera en uno de los momentos más impresionantes del viaje.

Al acabar la visita, apenas disponíamos de una hora antes de regresar al hotel para comer, así que un pequeño grupo emprendimos una caminata breve, a paso rápido pero agradable hasta el monumento al Lazarillo de Tormes y el verraco del puente de Piedra. Dos rincones cargados de simbolismo que completaron la mañana con un toque literario y tradicional.

Con tiempo justo llegamos al hotel para la comida del Adiós, en la que aprovechamos para felicitar a la presidenta saliente por su cumpleaños. Hubo brindis, aplausos y, cómo no, terminamos cantando los himnos de los colegios: el de María Cristina las chicas y Viejo Trapillo los chicos, poniendo un broche entrañable y muy nuestro a la reunión.

Después, de nuevo al autobús camino de Madrid. El conductor informa que debe hacer una parada obligatoria de media hora en Villacastín, lo que generó nervios e inquietud en los viajeros, especialmente en los que tenían que enlazar con el AVE en Atocha para regresar a su ciudad, por el temor a perder el tren si llegábamos más tarde de lo previsto.

Al final, llegamos por los pelos, pero llegamos: el conductor tuvo el acierto de dejar a las viajeras junto a la estación que salieron pitando con sus maletas a pillar el tren, mientras el resto continuamos andando o en taxi hasta nuestras casas, dando así fin a un viaje intenso, divertido y lleno de buenos momentos.

Gracias a todos.